

ECHO DEL SEGURA

AÑO. IX.

CIEZA 25 MAYO DE 1913.

NÚM. 419.

Los Riegos del Segura

Con motivo de las reclamaciones de los regantes inferiores de las vegas bajas del Segura, y atendiendo á la imperiosa necesidad de aclarar la Real orden de 12 de Abril próximo pasado, no para nosotros, sino para aquellos que vieron palmarios y grandes perjuicios en lo que no fué sino clarísima justicia, y especificación de derechos y obligaciones, respetables á aquellos y sagradas estas, la «Gaceta del miércoles 21 del corriente publica otra Real orden aclaratoria de aquella y que viene, en nuestra pobre opinión, á beneficiar doblemente los intereses de los regantes superiores.

Dice así la Real orden citada:

Dispuesto por Real orden de 12 de Abril último que se proceda á una revisión de las concesiones existentes en el cauce del Segura, suspendiendo los aprovechamientos abusivos é incoándose el expediente de caducidad de los que no cumplan sus condiciones, es deber primordial de la Administración que no se altere el estado actual de las derivaciones de agua de dicho cauce, á pretexto de una mala interpretación de la doctrina que sirve de fundamento á la Real orden, y que en esencia se reduce á que en los aprovechamientos de agua para riego, la Administración tiene limitada su competencia á que la derivación de una corriente pública se haga en condiciones legales, dejando la distribución á los usuarios con arreglo á las necesidades de los cultivos: consecuencia de esto es que no puedan prohibirse de una manera general la apertura de nuevos cauces la instalación de motores en acequias particulares, etcétera; pero sin perder de vista que esa libertad de distribución supone de manera ineludible la legalidad de la derivación hasta el punto de ser ambas necesariamente coexistentes.

Por eso, en cuanto á los apro-

vechamientos actuales, la Real orden de 12 de Abril pasado prohíbe que funcionen los aparatos elevadores de agua instalados en corrientes públicas sin la debida autorización, y los instalados en acequias particulares se someterán á la revisión general que se ordene; pero mientras esto se verifica hay que procurar que no se alteren las condiciones actuales, y como consta de ciencia cierta que se están preparando instalaciones de nuevos motores en la cuenca del Segura.

S. M. el REY (q. D. g.) ha tenido á bien disponer se prohíba cualquier modificación en los regadíos del Segura que signifique aumento de volumen en el agua derivada de una corriente pública, pero quedando en libertad las entidades ó particulares que justifiquen el volumen de agua á que tengan derecho y establezcan en sus tomas los módulos correspondientes, de hacer la distribución como convenga á sus intereses, con ó sin elevación de aguas.

De Real orden lo participo, á V. I. á los efectos oportunos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 20 de Mayo de 1913.

VILLANUEVA.

Señor Director general de Obras Públicas.»

La Sinfía del Aeneducto

Poema Romántico

por

J. A.

CANTO III

El Cantor.

Cesó el canto y las cuerdas no sonaron:
En gualdas convirtió las frescas rosas,
De su faz peregrina la doncella,
Dos lágrimas hermosas
Saltaron á su seno,
Dejándola más bella
Que en su mirar sereno.
Y como pudo Adriana en las orillas,

Del punto turbulento y proceloso,
Al perder en el sueño regalado
La dicha y el reposo,
Vencida de la pena
Su cuerpo desmayado
Dejar sobre la arena,
Así, tras un gemido penetrante,
Reclinando Ormesinda su cabeza
Sobre el respaldo de púrpúreo asiento,
Con lánguida ternura
Cerraba ojos divinos,
Que el duro sentimiento
Ponia cristalinos.
Acorren las criadas conmovidas;
Quién separa las hóbras con decoro
Del torneado cuello y alba frente,
Y quien de pomos de oro,
Con manos cariñosas,
Aplica á la paciente
Esencias olorosas.
Entonces la más bella y más querida
Los lazos desató de su cintura,
Dando para que libre respirase,
Al seno más anchura:
Y hablaba en triste tono
Sin que dejar osase
Su mano en abandono.
Así de leves niñas asistida
La madre del amor compareciera
Cuando de Adonis tierno el pecho amante
Rasgó de fina tierra.
Tal entró las estrellas,
La luna rutilante,
Y Helena entre las bellas.
Poco á poco sus labios entreabiertos
Dan salida al dolor con los gemidos,
Errantes miran sus hermosos ojos,
Y vuelvo á sus sentidos,
Con el vigor, la calma,
De súbitos enojos
Restablecida el alma.
A una leve señal deja la estancia
El coro de las tímidas doncellas,
Y sola queda la insensible Elvira,
Que es entre todas ellas
La que el favor alcanza,
Cuando al favor aspira,
Do dulce confianza.
«¿Escuchaste al cantor?, dice Ormesinda.
El cántico que suena en la morada
De triste y retirado cementerio,
Cuando la muerte airada
Sus víctimas envía
Con más funesto imperio
No turba el alma mía.
¡Ay! muramos, Elvira, ya que el cielo
Jamás sereno se mostró á mis días,
Ya que su luz preside solamente
A las tristezas mías;
Muramos y acabemos
Con el dolor presente
Las ansias que tenemos.
Ay, querida, qué sueños tan funestos
Turban mi corazón, cuando ríela
La luna en los cristales de Neptuno!
O bien en triste vela
Suspiro con espanto,
Sin que el mal importuno
Dé treguas á mi llanto.
Mas dime: ¿Entre los jóvenes gallardos,
Algún mancebo que igualase viste
En ternura, candor y gentileza,
Al que he perdido? ¡Ay triste!
El vivo, Elvira mía,
No para mi belleza,
No para mi alegría,
¿Te acuerdas de aquél día y del momento

En que me acompañabas por la senda
Del verde laberinto tortuoso?

(Se continuará)

La Cuna

Los pasajeros se agolpaban sobre cubierta á la entrada del vapor trasatlántico, que aun tenía tendida la escala, recibiendo los últimos viajeros que llegaban á bordo.

—El médico, ¡pronto!—gritó el capitán del vapor, que se había informado de lo que ocurría desde los primeros momentos.

—El médico ya está aquí; lo que hace falta es que me den un paño, una toalla, algo, para envolver la criatura.

—¿Pero ha nacido ya?...

—Y muy felizmente—dijo el médico, envolviendo en un blanco peñador que le alargó una señora un cuerpillo sonrosado y húmedo que brilló un instante al sol, y entregándole así envuelto á una camarera; á la que dió sus instrucciones.

—¿Qué hace falta?—dijo el capitán con un acento de piedad, que daba á su voz una vibración extraña.

—Acostar á esa pobre mujer en un camarote y cuidarla. Está en perfecto estado de salud. El parto ha sido muy feliz.

—¡Y tanto!—exclamó un pasajero.—A poco más se va el chico al mar.

—¿Por qué se embarcó usted estando mala?—preguntó la señora que facilitó el peñador para recoger á la criatura.

—Nada sentía—contestó la pobre mujer, que, pálida, asustada, permanecía sentada en un banco, como avergonzada del suceso;—creía que me daría tiempo de llegar á la Habana, donde está mi marido... ¡que es reservista!

—Pues la criatura no ha querido ser cubana... tenía prisa por llegar. ¡Si supiera lo que le esperaba!—dijo un pasajero riendo.

—¿No tiene usted ropa para el niño?—preguntó un camarero, que venía buscando lo necesario para envolverlo.

—¿Es un niño?—preguntó la madre con alegría.

Y muy hermoso; da gozo verlo; llora como un condenado porque le están lavando.

Dos marineros habían traído un banniquillo para conducir en él á la pobre madre, que dijo medio llorando:

